

El Acto de la Lectura

Para continuar con los temas anteriores, se hablará en esta lección sobre algunas características de la acción lectora, como la interpretación y elementos de los textos. Interpretar es un procedimiento de lectura más profundo. Cualquier persona puede interpretar, pero para ser un intérprete competente se requiere práctica constante. Cuando nos solicitan la interpretación de una lectura nos están pidiendo indagar sobre lo leído. Antes de continuar con la explicación de la interpretación, leamos el siguiente extracto de “Teoría del efecto estético: una aproximación a la comunicación entre texto y lector” (Domínguez, 2005):

La lectura es una acción que permite al lector acceder a universos inexplorados. El texto, como el potencial de experiencias y efectos que es, se activa y reactualiza en la lectura. Diversas teorías del texto proponen modelos de explicación y análisis de este fenómeno, de la acción de leer, que se posiciona como un intercambio de experiencias entre los dos elementos principales que toman parte de este juego: el texto y el lector. Pretender que entre un objeto inerte y uno vivo se puede establecer un cierto nivel de comunicación no es una falacia: texto y lector llegan a relacionarse tan íntimamente que lo que hay en uno se proyecta en el otro y viceversa.

Pero, ¿cómo se proponen en el texto las posibilidades de comunicación? ¿Qué aporta el lector para que las diversas expectativas que posee se vean reflejadas en un conjunto de enunciados inactivos?

Wolfgang Iser plantea la existencia de ciertos elementos que se manifiestan como estrategias en el texto (oral o escrito), cuya función es posibilitar la relación y eventual comunicación entre el texto y el lector o escucha. Uno de esos elementos es el repertorio:

El repertorio del texto designa el material selectivo por cuyo medio el texto queda referido a los sistemas de su entorno, que en un principio son aquellos del mundo de la vida social y de la literatura precedente (Iser: 143).

El Acto de la Lectura

El primer aspecto a destacar, el mundo de la vida social, contempla las proyecciones socio-económicas-culturales que se localizan en el texto y que se relacionan con la realidad (lo que está dado) existente en el momento de la construcción de la obra literaria o narración, así como con las normas reflejadas en el interior del texto. Hablar de “normas reflejadas” no implica que el texto se construya como una especie de espejo de la realidad, sino que extrae del ámbito extratextual algunos constituyentes del sistema social que son plasmados en la obra, en algunos casos tal y como se manifiestan en una sociedad determinada, en otros tergiversados, transformados o distorsionados. Lo anterior representa el procedimiento de selección, inserción y presentación del repertorio: el primer punto, la selección, se refiere a qué constituyentes del mundo de la vida social van a incluirse en el texto, desde tipos de conducta, reglas sociales, estratos socioeconómicos, etcétera, ya que no todos los constituyentes de un sistema social pueden encontrar cabida en el texto; el segundo punto, la inserción, es la forma en cómo se distribuyen en el texto los elementos extraídos del mundo de la vida social, a través de qué personajes o circunstancias se van a presentar en la obra literaria; el tercer punto, la presentación, tiene que ver con la forma en que serán tratados esos elementos extratextuales en el texto, ya sea tal y como se manifiestan o ridiculizados, ensalzados o rechazados. Estas proyecciones planteadas en el texto permiten vincular aquello que es conocido por el lector o escucha con lo novedoso que es proporcionado por la forma en cómo son presentados los constituyentes extraídos del mundo de la vida social. Esta “novedad” de lo ya conocido proporciona la expectativa que forma parte del horizonte de expectativas con que todo lector o escucha se acerca a la obra literaria o narración.

Relacionado directamente con el repertorio, se identifica el elemento de la negación, que consiste en la cancelación (parcial) de las normas de tipo socio-político-históricas-naturales del mundo de la vida social que son proyectadas en el texto. Esta negación de las normas proyecta una visión diferente sobre lo que se conoce y se sabe, permitiendo a su vez que se contemple en una focalización pasada, con lo cual lo viejo y conocido se presenta como nuevo y sorprendente:

Se incrementará el nivel de conciencia si en el repertorio del texto queda negada la validez de las normas elegidas. Pues ahora se le ofrece al lector (o escucha) lo conocido como sobrepasado; se convierte en “pasado” y así éste queda situado en una relación de posterioridad a lo que es conocido (Iser: 322).

El Acto de la Lectura

El texto plantea, a través de la negación, la construcción de un sentido diferente para lo que es conocido, no por mediación de la transformación total de la norma, sino como resultado de un proceso de interpretación de lo que ha sido observado y manifestado en la obra literaria. Es decir, la norma negada en el texto es sustituida por otro sistema de valoración, lo que hace nuevo lo que es sabido. En este sentido, la negación actúa en el eje paradigmático de la "lectura".

El segundo aspecto, el de la literatura precedente, se refiere al tipo de esquemas para representar y ser representados en el texto. Se puede identificar en el texto por la introducción que se hace en la obra de elementos extraídos de la tradición:

En la transformación del código de los esquemas conocidos, generan primero una relación de comunicación, pues, mediante el retorno de determinados esquemas, el texto gana un horizonte (Iser: 135).

En cierta medida, este aspecto tiene relación con la conformación de los géneros y subgéneros literarios, ya que uno de los elementos de la tradición literaria es el modelo de articulación. De esta forma, al desarrollarse el texto en un esquema de articulación literario determinado, como la literatura fantástica, se posibilita la creación de un vehículo que traslade lo que se manifiesta en el texto al campo de experienciación del lector o escucha; es decir, se genera un primer nivel de comunicación basado en la experiencia pasada, en el ámbito de lo ya conocido por el lector o escucha. Estas formas o estructuras literarias constituyen el marco de proyección de lo inserto en el texto: de los aspectos del mundo de la vida social plasmados en él (así como de su tratamiento), de las directrices que tomará la narración o poema, así como del tipo de expectativas que se pueden generar en cada obra literaria. Del tipo de estructura de articulación elegida dependerá en gran medida la adecuada o inadecuada transmisión de los potenciales semánticos del texto. De lo anterior se desprende que el repertorio no es elegido al azar en ninguno de los dos aspectos que se destacan en él. Muy al contrario, elementos del mundo de la vida social (normas, reglas, conductas) y estructuras de la literatura precedente que se manifiestan en una obra literaria, son insertados o proyectados en el texto después de un proceso de selección. Esto tiene que ver con el posible punto de vista o perspectiva que adopta un autor y con el trabajo de interpretación que éste realiza.

El Acto de la Lectura

Un ejemplo claro de lo anterior es el siguiente: por norma, un caballo y un hombre son dos elementos de especies diferentes, jinete y montura; pero si ambos se fusionan forman una especie nueva, la de los centauros. El elemento de negación en la norma natural proporciona la sorpresa; el lector o escucha puede identificar los aspectos que le son comunes en esta especie: las características equinas (cuerpo y patas de caballo), las humanas (torso y cabeza), pero las abstrae de forma diferente; ya no es un caballo, ya no es un hombre; es un elemento novedoso.

La selección del repertorio y el proceso de elección de las normas que serán negadas, son los elementos que permiten las posibilidades de accesibilidad del lector o escucha en las narraciones fantásticas. Es en esta selección de elementos y formas que se destaca algo que emerge de un trasfondo; lo que emerge es nuevamente insertado en un fondo, donde de acuerdo a las perspectivas manejadas, cobrará cierta presencia o se diluirá. El elemento que es extraído de las normas de la vida social y transformado en el proceso de la negación, se restituye al fondo del que emergió, pero diferente. Este proceso de primer plano-trasfondo tiene relación con el efecto gestáltico de figura-fondo: un elemento es colocado en posición adelantada; dicho elemento forma parte del trasfondo del que emerge, pero debido al proceso de focalización que sobre él se realiza, destaca por entre los demás elementos constituidos del trasfondo permeando la posibilidad de comprensión de las estrategias del texto.

En el eje sintagmático del proceso de esquematización se encuentran los vacíos o blancos, que se constituyen como aquellos espacios en el texto proyectados por los cambios de perspectiva y otras características de la lectura. Son esos puntos en donde el flujo del texto se interrumpe y se reanuda, son los eslabones de la cadena que permiten la posibilidad de tematización y de horizonte. Estos vacíos o blancos son complementados por el lector; son ocupados por un sistema diferente (el del lector) al que se presenta en el texto. Este "llenado" no es propiamente como tal, ya que no se trata de una simple traslación de las proyecciones del sistema del lector al texto, sino de un proceso de engarzamiento entre esos vacíos propuestos en el texto con el repertorio del lector. Es decir, los espacios vacíos regulan la coordinación entre el lector y las diferentes perspectivas desarrolladas en la obra literaria. A través de este proceso de combinación entre texto y lector se hace patente la posibilidad de diálogo entre ambos; al llevarse a cabo esta articulación entre ambos elementos, los vacíos dejan de ser tales. Pero, al igual que con los otros elementos mencionados anteriormente, los blancos requieren ser "activados" por el lector:

El Acto de la Lectura

algunos espacios son desarrollados por el autor como parte de las estrategias del texto, pero estos no siempre son detectados por el lector; por el contrario, éste puede activar otros vacíos que no se contemplaban en la obra. Lo anterior dependerá de las posibilidades de combinación entre el repertorio del lector y el desarrollado en el texto.

Cada lector aporta al texto su experiencia. Sin esta experiencia la lectura se convierte en un acto común y repetible, no existen posibilidades de explotar los diversos elementos textuales que se manifiestan en una obra determinada. De la experiencia y del horizonte de expectativas del lector se deriva una primera aproximación al texto: la identificación del género literario del texto; un primer esquema de comprensión y la aceptación de introducirse en el mundo ficticio que propone la obra.

El lector se mueve a través de los dos ejes desarrollados en el texto: el sintagmático y el paradigmático. En el primer eje se localizan en primera instancia los morfemas y los enunciados: cada enunciado va degradando poco a poco un cierto número de información que posteriormente constituye la base fundamental de los eslabones comunicativos entre texto y lector; enunciado tras enunciado se construyen los párrafos que se proponen como el primer bloque de importancia comunicativa en el texto. Los párrafos van constituyendo los eslabones en el eje paradigmático: son los elementos que permiten observar la coherencia temática del texto.

Conforme el proceso de encadenamiento de las estructuras preordenadas del texto se va realizando, el lector amplía su conceptualización esquemática del contenido de la obra, llegando a obtener el esquema general al momento de finalizar la lectura del texto, una percepción holística que es observable en el resumen que cada lector realiza de lo leído.

Este proceso de esquematización tiene características particulares, lo que permite que cada lector tenga una apreciación diferente de la misma obra: las experiencias pasadas, la práctica, la comodidad y situacionalidad son elementos que amplían las posibilidades de comprensión del texto o las disminuyen según sea el caso. Todo el bagaje cultural y experiencial que porta el lector se constituyen en las estrategias particulares que permiten establecer la comunicación (el hacer común) entre el lector y el texto, de ahí las características de acto único e irreplicable de la lectura.

El Acto de la Lectura

En una primera lectura, las habilidades y experiencias del lector activan sólo una serie determinada de estrategias contenidas en el texto: algunos vacíos se harán perceptibles y algunas normas negadas y trasgredidas serán identificadas. En la no activación de todos los vacíos y negaciones del texto se encuentra el placer de la relectura de los textos: cada nuevo acercamiento a una obra representa una posibilidad de descubrimientos diferentes que se van engarzando a las percepciones de la lectura anterior.

En el proceso de la lectura, ambos elementos, el texto y el lector, deben considerarse indispensables: sin el lector no se activan las estrategias desarrolladas en el texto; sin el texto, el lector no tiene la posibilidad de activar ninguna estrategia. La necesidad de empatía entre el texto y el lector es llevada al extremo: la manifestación de las emotividades en un lector con respecto a un texto es esencial para que exista una adecuada comunicación entre estos dos elementos participantes del juego de la ficción.

REFERENCIA

Domínguez, J.O. (2014); catedrático FCEyH de la UAdeC.
Iser, Wolfgang (1987). El acto de leer. Teoría del efecto estético. Madrid, España: Taurus Editorial.